

idealista en suma, al que el ejercicio clínico había hecho muy observador y su afición le había dado un pulimento histórico-literario cuya cita tenía siempre a punto para recreo, ilustración y norma de sus contertulios.

Tocaba la guitarra, como nuestro don Manuel Manzanique. No se si mejor o peor porque aunque con los dos hablé del asunto no tuve oportunidad de oír a ninguno, pero esa afición y la constante invocación de los clásicos, quiere decir lo poco callejeros que eran aunque se pasaran tanto tiempo en la calle y la necesidad íntima que tenían de apartarse de las murmuraciones, guareciéndose en el remanso de la soledad hogareña auscultando las motivaciones históricas que tanto consuelan al hombre que sufre con las flaquezas de la humanidad.

Todos los médicos citados y cuantos he conocido que hayan trabajado, han sido grandes solitarios y tanto más cuanto más acreditados. Sus contactos con el mundo, muchas veces absorbentes sin tiempo de respirar, han sido exclusivamente profesionales, pero como al médico se le producen molestias constantemente, y puede verse en trance de quedar mal o cometer indiscreciones, rehuye los tratos vulgares y las conversaciones profanas y se encastilla en su soledad, evadiéndose de sus pesares con sus pinceles, con su guitarra o con su pluma, pues también hacía versos y aunque trocara la mirada y se parara para hablar, se le notaba iluminada la mente y levantando el corazón al recitarlos o rememorar composiciones de su predilección.

Era un fumador clásico y más bien literario que parecía tomar el tabaco más que como alucinógeno como motivo o pretexto para manipular algo y agilizar la mente al ejercitar las manos. El hacer el cigarro despacio y encenderlo o no, darle vueltas chupando de tarde en tarde, era como echar la bandera en la fiesta anunciando que la procesión venía detrás. Se hacía el cigarro con esa calma moteña que es como la tomellosera, de darle a las cosas su tiempo y un poco más. Mientras liaba el pito le daba vueltas a los pensamientos y los iba soltando a la vez que apretaba el papel contra el tabaco sin mucho lucimiento ni habilidad porque el pito salía siempre con panzas y jorobas, pero él seguía hablando de Quevedo o de Jorge Manrique y encendía en la mecha o en la cerilla que le acercaban los que le escuchaban disfrutando de su erudición y haciéndose cargo de su falta de soltura.

Contra lo que aparentaba era propicio al entusiasmo y en la manera de manifestar su sentimiento, que era sincero y profundo, se veía el excepticismo del médico viejo y la cautela del clínico experimentado para sortear las ambigüedades de si el perro está rabioso o no lo puede estar.

La Mota es un pueblo de muy buena gente, comprensiva, tolerante y acogedora. Antoliano no negaba ninguna de esas cualidades y otras varias sobresalientes. En su compañía entré en muchas casas y juntos procuramos aliviar los sufrimientos del prójimo y pensábamos, cuando fuéramos más viejos, hacer algo que contribuyera al conocimiento y al engrandecimiento de nuestra tierra. ¡A ver si hay quien diga, conociéndonos, que esto no era tener ilusiones!